

Sumisión aprendida: un estudio sobre la violencia de género

Montserrat Moreno Marimon

Genoveva Sastre

José Hernández

Seminari Interdisciplinar d'Estudis de Gènere
Universitat de Barcelona

Es un hecho innegable que, salga o no a la luz, la violencia de género existe. Las discrepancias surgen cuando se pretende averiguar cuál es el origen de este tipo de comportamientos. Más allá de modelos explicativos que se centran en la patología individual, el presente estudio se decanta por una explicación que tenga en cuenta los procesos de socialización en el seno de la cultura de género. Se presenta un trabajo de carácter psicogenético, con una muestra de adolescentes de ambos sexos y con edades comprendidas entre los 12 y 16 años. Se pretende averiguar cómo los modelos de género se elaboran, de forma inconsciente, en estas edades mediante el análisis de la interpretación que las chicas y chicos hacen de una situación real de violencia en pareja.

Palabras clave: violencia de género, adolescencia, inconsciente, proceso de socialización.

It is undeniable that gender violence exists. Discrepancies arise when one tries to ascertain the origins of this behaviour. Going beyond the models that advocate the presence of an individual pathology, the present study opts for an explanation that takes into account the process of socialization within gender culture. This psycho-genetic study of adolescents of both sexes from 12 to 16 years old aims to ascertain how models of gender are unconsciously constructed at these ages, through the analysis of subjects' interpretations of a real situation of violence in a couple.

Key words: Gender violence, adolescence, unconscious, socialization process.

El reconocimiento de que la ciencia no es un descubrimiento sino una construcción humana lleva a contemplar al sujeto que la produce como un elemento más dentro del paradigma científico. A pesar de que quienes nos dedicamos a la psicología tenemos sobradas razones para considerar estas cuestiones, no es desde el campo de la psicología desde donde surgen más objeciones a la objetividad científica. Ya Einstein atri-

atribuía a las teorías científicas la característica de «creaciones libres del espíritu» y aseguraba que «tenemos muchas dificultades para recordar el mundo de la experiencia sin los cristales de la interpretación conceptual establecida desde antiguo» (Einstein, 1949), lo cual haría imposible el que analicemos los fenómenos a estudiar libres de prejuicios puesto que «el prejuicio consiste en creer que los hechos, sin libre construcción conceptual, pueden y deben proporcionar conocimiento científico».

A partir del momento en que el sujeto es significativo para la explicación científica, éste debe ser analizado y aisladas sus variables al igual que se hace con el fenómeno a estudiar. Ello permite descubrir, como lo han mostrado diversas autoras (Fox Keller, 1985; Harding, 1986; Benhabib, 1992; Fausto-Sterling, 1992; Burman, 1994; Fernández, 1998; Brown & Gilligan, 1992; Miller, 2000; Moreno y Sastre, 1999, 2000; Mors, 1992; Sastre y Moreno, 1998, 2000), que existen interpretaciones científicas ligadas al género de quien las emite, como las hay ligadas a otras características sociales y culturales de las que se participe.

La coherencia interna que el o la científica impriman a su modelo dependerá tanto de los datos que seleccione como del significado que les atribuya, de las relaciones que establezca entre ellos y de las implicaciones que les haga derivar (Moreno Marimon, Sastre, Bovet y Leal, 1998). En este proceso juegan un papel fundamental tanto las características del universo de estudio que seleccione como su propio sistema de coherencias que viene condicionado por toda una serie de características personales, entre las que cabe incluir desde su ideología y creencias hasta el paradigma científico en que se inscriba.

Dado que el género es una categoría social que condiciona la manera de ver el mundo y que es susceptible de introducir sesgos en la ciencia, no es de extrañar que hayan sido las investigadoras feministas, a quienes difícilmente se les puede escapar esta característica, quienes la hayan señalado con mayor insistencia. Como señala Benhabib (1992) «La cuestión de la mujer— el que las mujeres sean objeto de investigación y que sean sujetos que desarrollan esta investigación— altera los paradigmas establecidos. Las mujeres descubren diferencias allí donde antes habían dominado las similitudes, perciben disonancia y contradicción donde reinaba la uniformidad, se dan cuenta del doble sentido de las palabras allí donde se habían dado por supuestos los sentidos de los términos y dejan clara la persistencia de la injusticia, la desigualdad y la regresión en el seno de procesos que antes se consideraban justos, igualitarios y progresistas».

El análisis feminista en el seno de cualquier disciplina científica obliga a multiplicar las perspectivas bajo las que se contemplan los fenómenos objeto de estudio y a diferenciar una serie de variables que antes se consideraban irrelevantes o meras «excepciones». Pero también obliga a tener en cuenta factores sociales que actúan de forma condicionante y que eran tenidos antiguamente por «naturales», conduciendo a desenmascarar el carácter histórico de muchas características que— como las inherentes al género— eran consideradas biológicas. Todo ello aumenta la complejidad de los paradigmas utilizados y obliga a matizar más las conclusiones.

Una problemática psicopolítica

Uno de los temas que actualmente, dentro de las investigaciones feministas en el campo de la psicología, despierta mayor interés es el del estudio de la violencia de género.

El análisis de este fenómeno puede realizarse desde diferentes enfoques, sociológico, político, psicológico, entre otros. Desde el punto de vista psicológico cabe plantearse cuáles son los mecanismos psíquicos, tanto individuales como colectivos, que intervienen en este tipo de maltrato, qué elementos del entorno psicosocial hacen posible que surjan y que se mantengan, y cómo se generan.

Dado que no se trata de un fenómeno individual sino social, hay que tener en cuenta aquellos aspectos del pensamiento colectivo que le sirven de sustrato, como son, entre otros, las relaciones de poder, los modelos sociales de género y sus implicaciones en lo cotidiano, y la forma cómo dichos aspectos se interiorizan y se transforman en vivencias, sentimientos y comportamientos (véase Ferrer y Bosch en este mismo número monográfico).

El enfoque a partir del cual abordaremos el estudio de la violencia contra las mujeres es el psicogenético, buscando los orígenes de ideas y conductas que puedan sustentar y favorecer determinadas asimetrías en las relaciones de género que pueden ser el origen, tanto en mujeres como en hombres, de la tolerancia a situaciones de maltrato físico o psíquico.

En las últimas décadas ha habido un aumento de actos violentos (agresiones, suicidios y asesinatos) que han puesto en causa el valor explicativo de los paradigmas que intentan reducir las causas de este fenómeno a la patología individual. La violencia de género es una de las temáticas que están señalando la necesidad de buscar explicaciones más allá del individuo. A nuestro modo de ver la permisividad de las sociedades occidentales hacia la violencia contra las mujeres invalida cualquier paradigma que limite el maltrato a una cuestión de normalidad o patología individual. ¿Cómo se puede afirmar que la mal llamada pasividad de las mujeres frente al maltrato de sus parejas afectivas sea un síntoma patológico y considerar normal la apatía e inercia de nuestro sistema social frente a este tipo específico de delito? ¿Qué relaciones se pueden establecer entre la tolerancia social a los agresores y el desamparo de las mujeres que sufren sus agresiones? ¿En qué otro tipo de delincuencia se muestra una indulgencia similar a la que se exhibe en este campo?

Si tal y como se afirma desde la teoría feminista la violencia contra las mujeres tiene sus raíces en la estructura social (véase para una revisión Bosch y Ferrer, 2002; Sastre, 2000; Sastre y Moreno, 2002b) es totalmente comprensible tanto la falta de respuesta adecuada para combatir este tipo de delito, como la condescendencia con los agresores.

En este artículo nos proponemos aportar datos empíricos que muestren cómo los procesos de socialización pueden desembocar, ya en la adolescencia, en un sistema de representaciones mentales que contienen el germen de la tolerancia y de la negación de la violencia contra las mujeres.

Consideramos que el maltrato de la mujer está basado, en última instancia, en la creencia en la desigualdad de derechos y deberes entre los sexos y en la pervivencia de una concepción de los roles de género que supeditan a la mujer al hombre en las relaciones de pareja. Nos preguntamos ¿en qué momento, en la evolución psicogenética de chicas y chicos, surgen ideas que puedan favorecer la tolerancia hacia las conductas violentas hacia la mujer por parte del hombre?

Dado que es a partir de la adolescencia cuando chicas y chicos empiezan a preocuparse por las relaciones sexuales y amorosas con el otro sexo, parece justificado el centrar un estudio de este tipo en una muestra de adolescentes para explorar cuáles son sus ideas sobre estos temas.

Método

Muestra

El texto del conflicto y las preguntas se aplicaron a una muestra de 118 adolescentes de clase media, que cursaban estudios en un centro de la ciudad de Barcelona. Estaban distribuidos en tres grupos de 12, 14 y 16 años. Cada grupo estaba compuesto por el mismo número de sujetos de cada sexo.

Instrumento

Para indagar los mecanismos que fundamentan las creencias que nos proponíamos investigar utilizamos un conflicto real escrito por una adolescente y recogido en un anterior trabajo nuestro sobre esta franja de edad. Dicho conflicto, que la adolescente, Laura, una muchacha activa, con diversas aficiones y amistades, escribe en forma de diario, describe su problemática con un chico, Juan, algo mayor que ella, con quien sale desde hace algún tiempo. Está preocupada porque el chico le lleva siempre la contraria y en cierta ocasión en que ella se molestó por eso, él la empujó y la hizo caer en el hueco de un árbol. Después de esta agresión él se mostró muy cariñoso con ella y estuvieron bien durante un tiempo hasta que un fin de semana ella le dice que no podrá salir con él porque tiene que preparar una evaluación. Entonces el chico le grita, la insulta y le da un fuerte empujón. Laura se muestra muy preocupada por la conducta de Juan, al que ve como inseguro y le aconseja que vaya a ver a un psicólogo (ver texto en anexo).

Después de presentar por escrito el conflicto se les pedía que lo leyeran y que respondieran a una serie de preguntas encaminadas a explorar cómo interpretaban las conductas de los dos personajes del conflicto, qué sentimientos y qué pensamientos les atribuían, qué harían si se encontraran en el lugar de cada uno de ellos, qué consejos les darían y si consideraban que Juan y Laura podían resolver su problema.

En este artículo presentamos los resultados de las dos preguntas siguientes: ¿Qué harías tú si te encontraras en una situación muy parecida a la de Laura? ¿Crees que Juan y Laura pueden resolver el problema que tienen? Si piensas que sí, explica cómo crees que pueden resolverlo.

Procedimiento

Recogimos el material en tres sesiones colectivas. Una para cada grupo de edad. Al inicio de cada sesión comentamos muy brevemente que hay distintas formas de resolver un mismo conflicto y que todas tienen ventajas e inconvenientes. A continuación explicamos que estábamos interesadas en conocer sus ideas acerca de un conflicto que nos había explicado una chica de su misma edad y les aseguramos que preservaríamos el anonimato de sus respuestas. Entregamos a cada sujeto un protocolo escrito con el texto del conflicto y de las preguntas.

Codificación

El material recogido se analizó teniendo en cuenta el tipo de estrategias propuestas y las razones en las que las sustentaban.

Resultados

Respuestas a la primera pregunta

Las respuestas obtenidas en la primera pregunta se agruparon en cinco categorías. La *primera categoría* reúne un tipo de respuestas que indican que renunciarían a todas aquellas cosas que disgustaran a Juan para mantener la armonía dentro de la pareja. A estas respuestas se suman todas aquellas que tienden a restar importancia a las acciones de Juan y a minimizar el problema. Veamos algunos ejemplos:

(Chica, 12 años). «Creo que si eso me pasara con mi novio, me gustase tanto como expresa Laura, etc..., le daría la razón a él siempre. Si por ejemplo Juan me dijese: Vamos a tomar café en lugar de ir al cine, ¿vale? Yo le respondería que sí. Pienso que lo mejor para una pareja es hacer feliz al otro y acomodar tus ideas a las de él. Si quieres de verdad a una persona haces todo lo posible para que sea feliz».

(Chico, 12 años). «Dejaría la música y saldría con Juan. Porque creo que es mejor una relación en pareja que la música».

(Chica, 17 años). «En principio creo que me preocuparía pero no mucho. Pienso que a nuestra edad es normal que con nuestras parejas cuando uno dice blanco el otro dice negro, ya se nos pasará, tal vez la próxima semana volveremos a estar bien».

(Chico, 14 años). «Dejaría correr todo a pesar de lo pasado anteriormente, como si no hubiese pasado nada».

(Chico, 14 años). «Me he encontrado en peores situaciones y no hay para tanto, no creo que haya que preocuparse».

(Chico, 14 años). «Si quieres ir al cine, pues dices de ir a tomar algo. Como te lleva la contraria, pues él querría ir al cine».

En la *segunda categoría* predomina la idea de que el agresor debe ser considerado como alguien que necesita la ayuda de la agredida y que, en cierto modo, depende de ella el buen funcionamiento de la relación:

(Chica, 16 años). «No le diría ni mucho menos que fuera a un psicólogo sino que me metería dentro del problema en cuerpo y alma y intentaría que se sintiera mejor. Aparte sería una buena forma de fortalecer la relación. Si más tarde observara que el problema fuese grave recurriría a ayuda profesional».

(Chica, 16 años). «Creo que más que aconsejarle que fuera al psicólogo, intentaría ver si es inseguro cuando estamos solos o cuando está con sus amigos porque a lo mejor no se siente a gusto conmigo y con sus amigos es muy seguro. Creo que hablaría con él, le explicaría mis inseguridades para que vea que no es el único que las tiene, e intentaría ayudarlo en todo lo que me fuese posible».

(Chico, 14 años). «Intentaría arreglar la situación, quitarle ese miedo que tiene Juan y acoplarme un poco a lo que quiere hacer».

La *tercera categoría* está constituida por respuestas que plantean hablar con el chico como forma de resolver el conflicto.

(Chico, 16 años). «Los problemas de pareja se solucionan hablando. Yo intentaría darle a conocer a mi pareja mi opinión sobre el asunto y aclararlo de forma que lleguemos los dos a sacar provecho de la relación».

(Chica, 16 años). «Habría con el chico de una forma tranquila. Intentaría mostrarle cómo

me siento con sus actuaciones y que no entiendo por qué lo hace. Me gustaría que él tuviera también confianza en mí y me contara cómo se siente. A veces no es fácil expresarlo con palabras pero quizá hablando sinceramente y sin miedo se puede conseguir».

La cuarta categoría la constituyen respuestas que contemplan la posibilidad de romper la relación, ya sea de manera inmediata o después de hablar con el chico.

(Chica, 14 años). «Creo que si el chico me trata de esta manera es porque no me quiere, entonces si no me quiere probablemente lo que haría sería dejarlo aunque yo lo quisiera a él».

(Chica, 12 años). «Yo, como estaría harta de Juan, cortaría con él».

(Chico, 16 años). «Si estuviera en una situación muy parecida a la de Laura estaría bastante cabreado de que todo el rato me llevase la contraria, yo soy el que la suele llevar. Debe ser frustrante que nunca se haga lo que uno propone y tener que hacer lo que dicen los otros y ser sumiso. Yo no tendría tanta paciencia y lo dejaría».

(Chico, 14 años). «Creo que deben cortar porque una situación así no hay quien la aguante».

Finalmente, una quinta categoría agrupa otro tipo de respuestas minoritarias, de tipo mixto o que no pueden situarse dentro de ninguna de las anteriores categorías.

Veamos ahora cómo se distribuyen las respuestas correspondientes a estas cinco categorías en función de la edad y el sexo de los sujetos (véanse las Tablas 1, 2, 3 y 4).

TABLA 1. % TOTAL Y POR SEXO DE RESPUESTA A LA PREGUNTA 1

Categoría	Total	Chicas	Chicos
1. Renuncia. Minimiza	14,4	15,5	13,3
2. Ayuda o consejo	17	19	15
Antepone chico (1 + 2)	31,4	34,5	28,3
3. Hablar	23,7	25,9	21,6
4. Ruptura	41,5	36,2	46,7
5. Otros	3,4	3,4	3,4

TABLA 2. % DE RESPUESTA POR EDAD A LA PREGUNTA 1

Categoría	12	14	16
1. Renuncia. Minimiza	14,5	15,9	13,1
2. Ayuda o consejo	7	10,5	34,2
Antepone chico (1+2)	21,5	26,4	47,3
3. Hablar	19,2	23,3	28,9
4. Ruptura	54,5	45	23,8
5. Otros	4,8	5,3	0

TABLA 3. % DE RESPUESTA POR EDADES: CHICAS

Categoría	12	14	16
1. Renuncia. Minimiza	15,8	15	15,7
2. Ayuda o consejo	5,3	10	42
Anteponer chico (1+2)	21,1	25	57,7
3. Hablar	21,1	30	26,3
4. Ruptura	52,5	40	16
5. Otros	5,3	5	0

TABLA 4. % DE RESPUESTA POR EDADES: CHICOS

Categoría	12	14	16
1. Renuncia. Minimiza	13	16,6	10,5
2. Ayuda o consejo	8,8	11,1	26,3
Anteponer chico (1+2)	21,8	27,7	36,8
3. Hablar	17,4	16,7	31,6
4. Ruptura	56,5	50,1	31,6
5. Otros	4,3	5,5	0

El 14,4% del total de la muestra (categoría 1) considera que la chica debe someterse a la voluntad del muchacho, aunque ésta sea tan arbitraria como la descrita en el texto del conflicto, o bien piensa que las arbitrariedades del chico no constituyen materia de preocupación. Es decir, en ninguno de los dos casos se dispara ningún mecanismo de alarma que permita ver la conducta del joven como intolerable. No hay diferencias estadísticamente significativas entre chicas y chicos en este tipo de respuestas si consideramos el total por sexos.

La categoría 2 agrupa el 17% del total de respuestas con una ligera tendencia superior en la muestra femenina. Resulta curioso constatar que una parte de los individuos de la muestra, frente a una joven que sufre agresiones psíquicas y físicas de su compañero, consideran que quien merece atenciones, cuidados y ayuda es el agresor. Las chicas parecen olvidarse de sí mismas en algunas de sus respuestas: «no me gustaría ver cómo sufre al sentirse tan inseguro»; «intentaría ayudarlo en todo lo posible y apoyarlo»; «me metería dentro del problema en cuerpo y alma». Anteponen el bienestar del chico al suyo propio y dan prioridad a la conservación del vínculo afectivo sobre su propia seguridad: «intentaría salvar esta relación por encima de todo»; «dejándolo correr no se arregla nada». Este tipo de conductas que dan prioridad al vínculo ha sido señalada por otras autoras (Rívera, 2001).

Si sumamos las categorías 1 y 2, es decir, aquellas respuestas que anteponen claramente los intereses o el bienestar del chico por encima de los de la chica, obte-

nemos un elevado porcentaje (31,4) que resalta más aún esta tendencia. Al observar cómo evolucionan este tipo de respuestas constatamos que se incrementan claramente con la edad, pasando de un 21,5% a los 12 años a un 47,3% a los 16. A medida que aumenta la edad de los sujetos, aumenta su aceptación del maltrato infringido por el chico en beneficio del mantenimiento del vínculo afectivo que, cuanto más mayores son, más parecen resistirse a romper. Mientras a los 12 años se obtiene un 54,5% de rupturas, a los 16 tan sólo hay un 23,8%.

Pero este tipo de respuestas presentan diferencias considerables entre los sexos en las edades más avanzadas. A los 16 encontramos un 57,7% en la población femenina frente a un 36,8% en la masculina. No deja de ser sorprendente que, a esta edad, más de la mitad de las chicas antepongan las necesidades del agresor a las necesidades e intereses de la chica. También resulta curioso que sean precisamente ellas quienes parezcan más dispuestas a optar por el sometimiento, a minimizar las agresiones y a cuidar y proteger al agresor.

Este dato requiere, sin duda, una reflexión que se verá facilitada si lo relacionamos con los resultados de la categoría cuatro en la que se habla de una ruptura de la relación. El 52,5 % de la muestra femenina se inclina por la ruptura (expresada como una clara intención o contemplada como una entre otras posibilidades) a los doce años; este porcentaje desciende a 40 a los catorce y baja a 16 a los dieciséis años. Este descenso en picado con el aumento de edad contrasta con la vertiginosa subida de las respuestas que anteponen los intereses y el bienestar del chico al suyo propio (suma de categorías 1 y 2). El aumento de la atención a los intereses del agresor corre paralelo con el descenso de la intención de ruptura, como si las chicas de doce años fueran más conscientes que las de 16 del peligro que supone para ellas continuar con una relación de este tipo o como si el mantener la relación tuviera como condición necesaria el olvido de sí mismas y el ceder a los caprichos de su pareja. Esta tendencia se manifiesta también en la muestra masculina, aunque de manera menos acentuada.

Pero ¿cómo es posible que las chicas mayores sean menos conscientes que las más jóvenes de la necesidad de defender su dignidad y sus intereses personales? Tenemos que la mayoría de las chicas de dieciséis años optaría por mantener la relación a toda costa, en tanto que la mayoría de las de doce años tomaría la opción opuesta. Conservación frente a ruptura. Las causas hay que buscarlas, sin duda, en la asimilación de los modelos dominantes de género.

Respuestas a la segunda pregunta

Las categorías en las que agrupamos las respuestas son:

Primera categoría. Afirmar que pueden resolver su problema hablando, pero no especifican sobre qué deben hablar, ni de qué manera deben hacerlo:

(Chico, 14 años). «*Todo se arregla hablando*».

(Chica, 14 años). «*Sí, porque hablando la mayoría de los problemas se solucionan*».

(Chico, 12 años). «*Sí, hablando hasta que lleguen a un acuerdo*».

Segunda categoría. Consideran que el problema lo deben resolver conjuntamente, con la participación de los dos, de común acuerdo o cediendo ambos:

(Chica, 12 años). «*Creo que pueden resolverlo si los dos se ponen de acuerdo en hacer cosas que cada día elige uno. Si al otro no le gusta que intente que le guste pero que no elija el que no le toca porque no se arreglará nada*».

(Chico, 14 años). «*Si se lo propusieran sí que podrían resolver el problema, con un poco de ayuda de los dos. Si Juan no fuera tan duro con Laura y Laura no se lo tomara tan a pecho*». (Chica, 14 años). «*Sí, organizándose, si un día quiere ir ella al cine al otro día van donde quiere ir él*».

Tercera categoría. Consideran, al igual que en las categorías anteriores, que el problema sí tiene solución y que Laura debe hacer algo en beneficio de Juan. La responsabilidad de solucionar la problemática recae en Laura:

(Chico, 12 años). «*Sí, estando más por él, sin agobiarlo mucho*».

(Chica, 14 años). «*Sí. Laura debería intentar hablar con él, bueno ya lo ha hecho, pues ir al psicólogo a ver qué le dice y no dejar que Juan le diga todo lo que tiene que hacer. Intentar hacerlo cambiar de parecer*».

Cuarta categoría. Consideran que sí es posible, pero para ello Juan debe cambiar. La responsabilidad de resolver la problemática recae en Juan:

(Chico, 12 años). «*Sí, que Juan deje de llevarle la contraria y de empujarla, etc. Así Laura creería que Juan quiere a Laura*».

(Chica, 16 años). «*El que más ha de poner de su parte es Juan para intentar superar su inseguridad, creo que él tendría que mostrarle a Laura sus sentimientos y explicarle lo que siente y piensa de forma que ella pudiera entender el motivo de sus inseguridades, tal vez esto lo haría más seguro y le daría más confianza*».

Quinta categoría. Afirman que sí es posible pero recurriendo a ayuda psicológica:

(Chico, 14 años). «*Que vayan los dos al psicólogo y intenten solucionar el problema*».

(Chica, 16 años). «*La única manera de resolverlo es buscando algún tipo de terapia para Juan y después hablarlo tranquilamente en pareja*».

(Chica, 14 años). «*Podrían ir al psicólogo para que les explicase por qué actúan de esa forma, por qué siempre tienen la manía de contradecirse el uno al otro*».

Sexta categoría. Aseguran que sí es posible pero sin indicar cómo o con soluciones poco especificadas:

(Chico, 12 años). «*Sí que lo creo que puedan resolver el problema porque se caen muy bien*».

(Chico, 16 años). «*Sí que pueden. Pidiendo perdón (y perdonándose). Si de verdad se quieren, lo harán tarde o temprano*».

Séptima categoría. Respuestas que contemplan la ruptura como posible. En muchos casos la ven como única alternativa si no se cumple alguna determinada condición, y en otros, sólo como último extremo:

(Chica, 12 años). «*Sí, hablándolo o si no cortando*».

(Chica, 12 años). «*Tendrían que hablar seriamente del tema y mirar si tiene solución o no, igual su relación no es buena y tiene que romper*».

(Chico, 14 años). «*Pues o bien Juan le dice por qué le lleva la contraria o bien dejan la relación por el bien de los dos*».

Octava categoría. Consideran que no es posible resolver el problema o que la única forma de hacerlo es rompiendo la relación:

(Chica, 12 años). «No, porque no tienen los gustos parecidos y nadie de los dos se quiere adaptar al otro».

(Chica, 12 años). «No, porque están muy mal».

(Chica, 14 años). «No, son incompatibles».

(Chico, 12 años). «Sí, cortando porque esta relación no funciona».

En las siguientes tablas pueden verse los porcentajes obtenidos en cada categoría.

TABLA 5. % TOTAL Y POR SEXO DE RESPUESTA A LA PREGUNTA 2

Categoría	Total	Chicas	Chicos
1. Sí. Hablando	24	20,6	27
2. Sí. Conjuntamente	31,1	35,8	27
3. Sí. Responsabilidad Laura	9,2	8,6	10
4. Sí. Responsabilidad Juan	4	1,6	6
5. Sí. Recurrir Profes. Psicol.	8	11	5
6. Sí. Otros	3,2	1,6	5
Total: Sí	79,5	79,2	80
7. Depende. Posible ruptura	10,5	12,2	8,6
8. No es posible. Ruptura	10	8,6	11,4
Total: contemplan ruptura	20,5	20,8	20

TABLA 6. % DE RESPUESTA POR EDAD A LA PREGUNTA 2

Categoría	12	14	16
1. Sí. Hablando	21,5	21	29
2. Sí. Conjuntamente	21	33,5	39,5
3. Sí. Responsabilidad Laura	9,6	5,2	13,5
4. Sí. Responsabilidad Juan	6,5	2,7	2,5
5. Sí. Recurrir Profes. Psicol.	4,7	7,8	10,5
6. Sí. Otros	2,1	5,2	2,5
Total: Sí	65,4	75,4	97,5
7. Depende. Posible ruptura	17,9	11	2,5
8. No es posible. Ruptura	16,7	13,6	0
Total: contemplan ruptura	34,6	24,6	2,5

TABLA 7. % DE RESPUESTA POR EDADES: CHICAS

Categoría	12	14	16
1. Sí. Hablando	21,1	20	21
2. Sí. Conjuntamente	15,8	45	47
3. Sí. Responsabilidad Laura	10,5	5	11
4. Sí. Responsabilidad Juan	0	0	5
5. Sí. Recurrir Profes. Psicol.	5,2	10	16
6. Sí. Otros	0	5	0
Total: Sí	52,6	85	100
7. Depende. Posible ruptura	31,6	5	0
8. No es posible. Ruptura	15,8	10	0
Total: contemplan ruptura	47,4	15	0

TABLA 8. % DE RESPUESTA POR EDADES: CHICOS

Categoría	12	14	16
1. Sí. Hablando	22	22	37
2. Sí. Conjuntamente	26	22	32
3. Sí. Responsabilidad Laura	8,7	5,5	16
4. Sí. Responsabilidad Juan	13	5,5	0
5. Sí. Recurrir Profes. Psicol.	4,3	5,5	5
6. Sí. Otros	4,3	5,5	5
Total: Sí	78,3	66	95
7. Depende. Posible ruptura	4,3	17	5
8. No es posible. Ruptura	17,4	17	0
Total: contemplan ruptura	21,7	34	5

Ante esta segunda pregunta, la mayoría de la muestra (79,5%) considera que sí es posible resolver el problema y la forma que cree más adecuada en un 55,5% es actuando de común acuerdo y hablando (respuestas 1 y 2). Pero dado que en el texto del conflicto aparece claramente reflejada la gran dificultad que tienen precisamente los dos personajes en ponerse de acuerdo, podemos considerarlas respuestas de tipo «mágico». Se caracterizan por ignorar las dificultades y dar por sentado que con un simple acto de deseo y sin poner los medios necesarios se pueden resolver los problemas (Sastre y Moreno Marimón, 2002a). Curiosamente estas respuestas, que reflejan

una gran ingenuidad, aumentan de manera continua con la edad en las chicas, lo cual nos hace suponer que constituye más un producto del deseo que de la reflexión.

La categoría 3, que atribuye a Laura la responsabilidad de actuar para resolver el conflicto, aunque es minoritaria, aparece por un igual en ambos sexos. Resulta sorprendente que en estas respuestas se considere responsable precisamente a la persona agredida y se haga depender únicamente de ella la solución del problema. La respuesta de una chica de 16 años ilustra elocuentemente este tipo de pensamiento: «Yo creo que si Laura acepta el problema que tienen y sabe darle la cara lo podrán solucionar. Laura puede hacer cambiar a Juan. Si Juan de verdad la quiere cambiará, ahora si no cambia quiere decir que Laura no es la chica indicada para estar con él.»

No falta quien atribuya a Laura características que no figuran en el texto pero que el sujeto infiere para minimizar la actuación de Juan, como puede observarse en esta respuesta de un chico de 16 años: «Para resolver el problema un paso que se tendría que dar es que Laura se dé cuenta de que también es muy insegura y no tiene opinión personal.»

Si bien este tipo de respuestas alcanza un bajo porcentaje (9,2% del total) llegando al máximo a los 16 años (13,5% del total), es más bajo aún el de las respuestas que atribuyen a Juan la responsabilidad de resolver la problemática (4% del total), siendo las chicas quienes menos responsabilidad le atribuyen (1,6%) frente a los chicos que lo consideran algo más responsable (6%). Esta atribución de responsabilidad a Juan disminuye en los chicos a medida que crecen (13% a los 12 y 0% a los 16 años) mientras aumenta la atribución de responsabilidad a Laura (8,7 a los 12 años y 16 a los 16). En conjunto, pues, es mayor la responsabilidad atribuida a la víctima que al agresor.

Tampoco es muy elevado el porcentaje de respuestas que indican como solución el acudir a una terapia. La mayoría de estas respuestas corresponden a chicas (11%) y menos de la mitad a chicos (5%). El porcentaje máximo lo arrojan las respuestas de las chicas de 16 años (16%), edad en la que el total de las chicas considera que el problema sí tiene solución.

Como hemos visto, la gran mayoría de las respuestas, tanto de chicas como de chicos, se inclinan por considerar que el problema puede solucionarse sin romper la relación entre la pareja, sin embargo, el porcentaje de quienes opinan así varía con la edad, aumentando vertiginosamente en las chicas, a medida que crecen. Pasa del 52,6% a los 12 años al 100% a los 16, edad en la que ninguna contempla la posibilidad de romper la relación.

Si comparamos los resultados obtenidos a la primera y segunda pregunta aparecen datos curiosos. La primera inspira claramente muchas más respuestas de ruptura, inmediata o posible, (41,5%) que la segunda (20,5%). Estos resultados suscitan un interrogante ¿Cuál es la diferencia fundamental entre ambas preguntas capaz de provocar esta diferencias en el mismo grupo de sujetos? ¿Qué función tienen los discursos y prácticas sociales en la diversidad intraindividual señalada por estos resultados? (Haraway 1991).

La primera pregunta («¿Qué harías tú si te encontraras en una situación parecida a la de Laura?») conduce -más que la segunda- a los sujetos a identificarse con la persona agredida, a colocarse en su lugar y a imaginar que son objeto de agresión. La segunda («¿Crees que Juan y Laura pueden resolver el problema que tienen? Si piensas que sí, explica cómo crees que pueden resolverlo») les coloca fuera de la situación problemática, convirtiéndoles en observadores o jueces ajenos al problema.

Pero aún hay más. Si la primera alude a su yo individual, la segunda remite a su yo social, en el que «lo que debe ser» predomina sobre lo que es. Nuestra sociedad considera como un valor el mantenimiento de una pareja estable a lo largo de toda la vida, lo cual supone la conservación de la misma por encima de cualquier otra circunstancia. La interiorización de esta norma hace mella en la construcción de modelos de relación sentimental que defienden el mantenimiento del vínculo afectivo contra viento y marea, como lo expresa una chica de 16 años: «*Si sinceramente es una relación que me llena, intentaría salvar esa relación por encima de todo*».

Está también muy extendida entre las chicas la idea de que en una relación de pareja hay que estar dispuesta a sufrir y a soportar. Así, por ejemplo, una chica de 14 años escribe: «*Yo intentaría hablar con él, pero creo que Laura cree que en la vida todo va a ser alegría. Cuando estás con alguien, todo el mundo tiene sus defectos y Juan los tiene*». La agresión de que es objeto Laura parece ser vista por esta chica como un «defecto» que hay que soportar, ya que no todo es «alegría». Otra chica de 16 años asegura: «*Las parejas nunca son perfectas, siempre hay diferencias que se marcan en la relación, pero hay que intentar respetarlas*». Una de las cosas que resulta más sorprendente en estas respuestas es la juventud de sus autoras. ¿Es posible que a estas edades tan tempranas hayan ya llegado a estas conclusiones por propia experiencia? Parece mucho más probable que lo hayan aprendido de sus mayores. Pero además ¿cómo es posible que no perciban las agresiones de que es objeto Laura como algo anormal? Posiblemente esta característica es lo que conduce al 60% de las chicas, en la primera pregunta, y al 79% en la segunda, a no expresar ninguna intención de ruptura.

Sin embargo, esta insensibilidad a los malos tratos no es general en toda la muestra femenina, ya que el 36% de las chicas, en la primera pregunta, y el 21% en la segunda, se inclinan por terminar una relación que ven perjudicial o peligrosa. Algunas lo expresan aludiendo al maltrato y a las dificultades que se enfrentan en el momento de tomar una decisión: «*Yo creo que este chico es el típico que de más mayor maltratará a su mujer y eso se ve a distancia, ella creo que se debe dar cuenta pero por el amor que siente por él no se atreve a dejarlo. Ya se sabe que el amor deja ciegas a las personas y dejarlo cuesta más de lo que se dice*» (14 años). La idea de amor como una entrega incondicional es bastante frecuente en las respuestas de las adolescentes y las predispone a la aceptación de los malos tratos por parte de sus parejas.

Tampoco faltan chicas que abogan por cortar drásticamente: «*Yo dejaría plantado al chico. Seguro (o casi) que el chico es el típico 'macho' que sale con una chica sólo para chulear con los amigos. Lo que yo creo que la chica se come mucho el tarro y se preocupa demasiado. Si ella no es feliz con él que se busque a otro*» (14 años). Otras consideran el maltrato como algo inaceptable y como una razón fundamental para la ruptura: «*Lo que yo haría sería dejarlo sin pensarlo mucho, con toda esta movida que hay con eso de que las mujeres son maltratadas no dejaría que el chico con el que salgo se tomara la libertad de decidir por mí y darme un empujón cuando le venga en gana, creo que cuanto más tiempo estuviese con él peor iría la cosa*» (14 años). En la respuesta de esta chica queda reflejada la influencia que puede tener en las adolescentes, y posiblemente en toda la población femenina, la denuncia social del maltrato a las mujeres que permite alertarlas para que tomen la decisión de no continuar una relación degradante y peligrosa, y para descubrirla en sus inicios.

Conclusiones

En las últimas décadas se han operado cambios en las relaciones entre hombres y mujeres que parecen haber adquirido ya carácter de costumbre socialmente aceptada; persisten sin embargo, en muchos casos a nivel inconsciente, diferentes formas de discriminación que, como señala Young (1990), «se manifiestan no sólo en reacciones corporales y sentimientos y en su expresión a través de la conducta, sino también en las opiniones sobre las personas y las políticas». En la superficie consciente aparece un modelo liberal, igualitario, que provoca conductas deliberadamente no discriminatorias, pero éstas coexisten, dentro de un mismo individuo, con modelos más o menos inconscientes profundamente retrógrados. Ambos modelos conviven, entrecrocando y afloran a la superficie en diferentes momentos. Los primeros subyacen a las opiniones que se manifiestan en contextos o situaciones más asimilables a «lo público», como cuando hay que emitir un juicio general sobre una forma también general de comportamiento. Los segundos suelen estar más ligados a la acción inmediata en aquellas cuestiones que forman parte de lo que se denomina «vida privada», como son las que conciernen a las relaciones amorosas entre ambos sexos.

El instrumento que hemos utilizado en nuestro trabajo (un conflicto concreto y fuertemente contextualizado) ha permitido que afloraran respuestas vinculadas a modelos inconscientes de acción que incitan a respuestas pronunciadamente sexistas, (Young, 1990; Bosch y Ferrer 2002).

Estos modelos inconscientes, fuertemente conservadores y retrógrados, no son privativos de las viejas generaciones sino que los encontramos actualmente en las y los adolescentes, atrincherados tras ideales que les sirven de pantalla, como los derivados de la idea tradicional de amor romántico, que conlleva la de entrega total y acrítica al ser amado y la búsqueda de su felicidad por encima de la propia. Estas ideas son mantenidas vigentes y alimentadas a través de las múltiples manifestaciones del sentimiento y pensamiento colectivo en este terreno y presentadas como modelo ideal (a través de la literatura, las artes plásticas, el cine, la televisión, etc.) principalmente para las mujeres.

También los muchachos y los hombres reconocen este modelo y lo valoran como ideal, pero no para sí mismos sino únicamente para la mujer. Esto aparece claramente de manifiesto si contraponemos respuestas que suelen considerarse «típicamente masculinas» emitidas por algunos de los chicos de nuestra muestra con otras consideradas «típicamente femeninas». Así, un muchacho dice refiriéndose a lo que debe hacer Laura: «*Si alguna vez le llevan la contraria, aceptarlo como una persona adulta y no quejarse tanto, como una niña pequeña*», con lo cual nos está diciendo cuál debe ser, a su juicio, la conducta de una mujer adulta. En contraposición a esta postura aparecen respuestas de chicas como la siguiente: «*Siempre dejaría que él dijera dónde quería ir para así evitar que me llevase la contraria y lo hiciera con violencia*». Estas dos respuestas aparecen claramente como complementarias y reflejan dos vertientes de un mismo modelo asimétrico de relación que se desvanecería si una de las dos desapareciera.

La confrontación de dos modelos diferentes (no complementarios) produce con frecuencia en el varón un sentimiento de inseguridad ya que ve puesto en causa el particular modelo de virilidad con que se identifica. Esto se refleja en el texto del conflicto de Laura y Juan (no olvidemos que se trata de la descripción de un caso real escrito por una adolescente) en el cual Juan se manifiesta incapaz de cambiar su

modelo por otro más evolucionado y, falto de razones, recurre a la agresión para imponer su punto de vista. Los estudios realizados por Bosch y Ferrer (2002) ponen claramente en evidencia la relación directa que existe entre las creencias misóginas de los varones y la violencia de género.

Todo ello nos lleva a suponer que los modelos sexistas no se han extinguido totalmente, incluso entre gran parte de la población que abomina conscientemente de ellos, sino que permanecen formando parte de los modelos inconscientes y no lineales de pensamiento/sentimiento/acción y se transmiten por vía subliminar a las generaciones más jóvenes. Dichos modelos se expresan en situaciones concretas y reales pero no se mantienen, o lo hacen en menor medida, en situaciones abstractas, públicas o hipotéticas.

Entre los resultados encontrados no sorprende tanto el conformismo de algunas respuestas, como el hecho de que no se perciba la gravedad de las agresiones del protagonista de la historia y que no se vinculen, en la mayoría de los casos, al maltrato de la mujer. Aparece, sin embargo, un porcentaje nada despreciable de chicas que no se conforman con el modelo que la sociedad les dicta y son capaces de tomar conciencia de la situación y oponerse al maltrato. El hecho de que este porcentaje sea mayor en el grupo de las más jóvenes induce a pensar que se opera una «aculturación sexista» a medida que avanza la adolescencia, que puede ser debida al deseo de ser aceptadas por los chicos, adoptando el modelo complementario al de ellos.

El fenómeno de la adaptación de los adolescentes —mucho más atenuado en las más jóvenes— al modelo de género dominante induce a unas reflexiones. Una de ellas remite a la clara influencia social de este tipo de adaptaciones y a la posibilidad de ser modificada a través de intervenciones educativas. Otra hace referencia al hecho de que, dado que ambos modelos —el masculino y el femenino— son interdependientes y además adquiridos culturalmente, podría pensarse en una adaptación de orden inverso, por parte de los chicos, también por vía educativa. La intervención, en este caso, debería ir encaminada a que modificaran el modelo arcaico de virilidad y a que construyeran modelos más evolucionados, variados y actuales de la misma. Ello les evitaría muchas de las disfunciones e inseguridades que les provoca la evolución —ya irreversible— que se ha operado en las diferentes formas de expresión de los modelos de género.

REFERENCIAS

- Benhabib, S. (1992). Una revisión del debate sobre las mujeres y la teoría moral. *Isegoría*, 6, 37-63.
- Bosch, E. y Ferrer, V. A. (2002). *La voz de las invisibles*. Madrid: Cátedra.
- Brown, L. M. & Gilligan, C. (1992). *Meeting at the crossroads: Women's psychology and girls' development*. Cambridge, MA: Harvard university Press.
- Burman, E. (1994). *Deconstructing developmental psychology*. London: Routledge.
- Einstein, A. (1984). *Notas autobiográficas*. Madrid: Alianza (Trabajo original publicado en 1949).
- Fausto-Sterling, A. (1992). *Myths of gender*. New York: Basic Books.
- Fernández, J. (1998). *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide.
- Fox Keller, E. (1985). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Alfons el Magnànim.
- Haraway, D. J. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Cátedra: Madrid.
- Harding, S. (1986). *The science question in feminism*. Ithaca, New York: Cornell University Press.
- Miller, P. H. (2000). The development of interconnected thinking. In P.H. Miller & E. K. Scholnick (Eds.), *Toward a feminist developmental psychology* (pp. 45-60). New York: Routledge.
- Moreno Marimon, M., Sastre, G., Bovet, M. y Leal, A. (1998). *Conocimiento y cambio*. Barcelona: Paidós.
- Moreno Marimon, M., Sastre, G. y Pavón, T. (1999). La complexitat en el desenvolupament moral: la mirada feminista. *El femení com a mirall de l'escola*, 39-44. Barcelona: Col·lecció Monografies, 4. Institut de l'Educació. Ajuntament de Barcelona.

- Moreno Marimon, M. y Sastre G (2000). Repensar la ética desde una perspectiva de género. *Intervención psicosocial*, 9 (1), 35-48.
- Morss, J. R. (1992). Making waves: Deconstruction and developmental psychology. *Theory & Psychology*, 2, 445-465.
- Rivera, M. (2001). *Mujeres en relación*. Barcelona: Icaria.
- Sastre, G. (2000). *La violencia contra las mujeres: continuidad y rupturas*. Ponencia presentada en el seminario: Las mujeres en el año 2000: hechos y aspiraciones. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Sastre, G., Moreno Marimon, M. y Pavón, T. (1998). Cultura de género y diversidad en el desarrollo moral. *Educación*, 22-23, 141-153.
- Sastre, G. y Moreno Marimon, M. (2000). Nuevas perspectivas sobre el razonamiento moral. *Educação e Pesquisa*, 26 (2), 123-135.
- Sastre, G. y Moreno Marimon, M. (2002a). *Resolución de conflictos y aprendizaje emocional. Una perspectiva de género*. Barcelona: Gedisa
- Sastre, G., Moreno Marimon, M., Hernández, J. y Biglia, B. (2002b). *Adolescencia: Percepciones de la violencia en pareja*. Comunicación presentada en el congreso del INFAD, Teruel (Reimpreso en F. Vicente Castro (Ed.), *Psicología de la infancia y de la adolescencia. Nuevos retos, nuevas respuestas* (pp. 409-421) Psicoex.
- Young, I. M. (1990). *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra.

ANEXO

DIARIO DE LAURA

«Este año me gustó mucho que una amiga mía contara conmigo para componer la música para una obra de teatro que ha escrito ella. La verdad es que me agradó que mi amiga confiara en mí.

La música me ayuda... es una terapia ponerte delante del piano a ver lo que sale y tocar y matizar y que te salga la energía... después te descansas y te sientes feliz. Las cosas buenas cuestan más de recordar que las malas, pero... creo que los amigos, la familia, el trabajo, los estudios,... todo en general está bastante bien.

Encontrar un equilibrio y mantenerlo y sentirte bien por dentro... aunque suene a anuncio de yoghurt, es lo más difícil y la más alegre recompensa.

En fin, las cosas de cada día pueden ser buenas o malas, depende de cómo las mires. Si haces un esfuerzo y las ves especiales te produce alegría y eres feliz.

Algunas veces me pregunto: ¿es tan difícil ser feliz?; ¿para todos la felicidad es lo mismo que para mí?; ¿dentro de la felicidad hay un poco de infelicidad?

Ahora estoy preocupada. Desde hace unos meses salgo con un chico, Juan, que es un poco mayor que yo. Somos amigos y me gusta mucho, aunque tiene bastantes inseguridades es inteligente y simpático.

Cuando empecé a salir con él no sabía del todo si me gustaba «sinceramente». Le dije que fuese a un psicólogo por el tema de su inseguridad, y no se lo tomó mal pero creo que piensa que le veo frágil, etc., y es así... a veces le veo un poco frágil pero me cae bien y es un amigo de verdad.

El problema es que muchas veces, cuando yo hago alguna propuesta, Juan dice lo contrario, por ejemplo, si propongo ir al cine él dice de ir a tomar algo y hablar; pero si soy yo la que quiere ir a tomar algo y charlar, Juan dice que por qué no vamos al cine.

Al principio no me di cuenta de esto. Ahora sé que es así, que casi siempre me lleva la contraria.

Un día le dije que por qué no íbamos a casa de unas amigas que habían alquilado una película de las que nos gustaban y pasábamos la tarde allí. Juan dijo que le apetecía más pasear e ir a tomar algo. Yo me molesté, ya estaba harta: siempre que yo proponía de hacer algo él nunca estaba de acuerdo.

Íbamos cogidos de la mano y noté que Juan me empujaba hacia el árbol. Tropecé y caí.

Mientras me ayudaba a levantarme, a Juan sólo se le ocurrió decirme que siempre andaba distraída, que era un desastre y que siempre me caía. Me dolió mucho su actitud y más porque yo sabía que él me había llevado hacia el hueco del árbol.

Me entristecí tanto que Juan no sabía qué hacer para alegrarme. La verdad es que, cuando vi todos los esfuerzos que hacía y los cuidados que tenía conmigo, me olvidé de mi dolor. Finalmente nos fuimos al cine los dos y lo pasamos muy bien juntos.

Desde entonces veía a Juan tranquilo y más seguro que antes. Me ha dicho que soy muy importante para él.

Yo casi había olvidado el rollo del árbol y estaba muy confiada. Por esto me ha dolido lo que ha ocurrido hoy. Todo ha empezado cuando le he dicho que este fin de semana no podré salir con él porque tengo que preparar una evaluación. Todavía oigo sus gritos, sus insultos y siento «claramente» el fuerte empujón que me ha dado.

Esta vez no me he caído, pero ha sido peor. No sé qué hacer; no comprendo cómo se atreve a decirme cosas tan desagradables, no sé por qué me empuja. Me pregunto si es algo que pasará siempre entre nosotros.

La verdad es que no sé qué hacer. Me gusta Juan, me gusta la música y disfruto con mis amigas. Pero a veces me preocupa Juan. Me pregunto si esto es algo que pasará siempre entre nosotros».

